Estereotipos discriminatorios en la adultez mayor en mujeres y hombres que laboran en el Instituto Politécnico Nacional

Justo Rojas López[1]
Martha Alicia Tronco Rosas[2]

Resumen

Los estereotipos son los factores principales en la discriminación hacia las personas adultas mayores, por tanto, son elementos que deben ser identificados y medidos. Por ello el objetivo de este trabajo es reconocer, considerando el género, los principales estereotipos asimilados y existentes hacia las personas adultas mayores en el personal del Instituto Politécnico Nacional. Para ello se toman los resultados de una encuesta basada en una muestra representativa a la población del Instituto por edad y sexo que fue aplicada a finales de 2013. Los datos arrojaron que, desde una visión masculina, los estereotipos dominantes de la adultez mayor están vinculados con la precaria salud general y mental, una regresión hacia un estado infantil y una dificultad de adaptarse nuevas situaciones, especialmente con la tecnología; así como una disminución de la sexualidad. Por otro lado, a diferencia de los hombres, las mujeres manifiestan una expectativa más positiva del proceso de envejecimiento que los hombres, y estos últimos son vistos como los más perjudicados por envejecer. Finalmente, una proporción menor de los estereotipos son apropiados, de manera consciente, por la adultez mayor, entre ellos están los relacionados con la salud física y mental, así como la dependencia económica.

Palabras clave: estereotipos, adultez mayor, género, personal del IPN.

---

1 Unidad Politécnica de Gestión con Perspectiva de Género, Instituto Politécnico Nacional, correo: jrojasl@ipn.mx.
2 Directora de la Unidad Politécnica de Gestión con Perspectiva de Género. Instituto Politécnico Nacional. Correo electrónico de contacto: mtronco@ipn.mx

Introducción

La discriminación es una problemática seria en México. De acuerdo con una encuesta realizada por el Gabinete de Comunicación Estratégica en 2014, 87% de la población del país reconoce que la discriminación es una práctica cotidiana y 36% declara que alguna vez ha sido discriminado (GCE, 2014).

Por otra parte, la discriminación hacia la adultez mayor, según la Encuesta Nacional de Discriminación (Consejo Nacional Para Prevenir la Discriminación, 2005), representa la cuarta con mayor incidencia. En este sentido, siete de cada diez personas en México consideran que los derechos de las personas adultas mayores no se respetan en nada o se respetan poco. Además, casi una de cada tres personas adultas mayores (27.9%) cree que por su edad no se respetan su derechos. Si se considera particularmente a las mujeres adultas mayores, 55% de ellas está totalmente o en parte de acuerdo de que en México no se respetan sus derechos. Esto, en su conjunto, muestra un panorama en el que la discriminación hacia la adultez mayor, tanto en las mujeres y en las propias personas implicadas, estaría fuertemente arraigada en la sociedad mexicana.

Ahora bien, esta y en realidad cualquier discriminación se sustenta en los estereotipos debido a que representan básicamente "el componente cognitivo de las actitudes de prejuicio" (Devine, 1989: 5) y, a pesar de que encarnan básicamente creencias erróneas o mal fundamentadas que homogenizan a las personas, son factores que se encuentran enraizados en el imaginario social. Por tanto, el reconocerles, entenderlos, medir su incidencia e intensidad son aspectos necesarios para combatir la discriminación.

Estas últimas tareas son los propósitos del trabajo aquí presentado en el contexto del Instituto Politécnico Nacional (IPN), al estudiar los estereotipos discriminatorios de la vejez con una perspectiva de género, es decir respecto a las diferencias de acuerdo a las construcciones culturales que están detrás de los sexos. Por lo que objetivos específicos son:

a) Identificar, tomando en cuenta el género, los principales estereotipos discriminatorios hacia la adultez mayor presentes en la comunidad que labora en el Instituto Politécnico Nacional.
b) Encontrar si esos estereotipos discriminatorios se aplican de diferente manera hacia mujeres y hombres adultos mayores.
c) Reconocer en qué grado la adultez mayor se ha apropiado de los principales estereotipos discriminatorios hacia la vejez y si está diferenciado por el género.

Por ello se realizó y analizó una encuesta orientada a identificar estereotipos hacia y en la población adulta mayor de las personas que laboran en el IPN, la cual se encuadra en un trabajo de investigación registrado ante la Secretaria de Investigación y Posgrado (SIP 20131729) de dicha institución realizado a finales del año 2013, cuyo objetivo final fue establecer un modelo para resignificar la vejez en la institución.

Por último, las secciones en las que se divide este trabajo son: 1) una metodología en las que se muestran las herramientas utilizadas para el logro de los propósitos de la investigación, 2) un marco conceptual de referencia que expone los elementos básicos para entender las nociones usadas a lo largo del trabajo, 3) un capítulo de resultados que aborda los siguientes temas: la belleza en la adultez mayor, la sexualidad, la salud física y mental, la dependencia económica y la infantilización de la vejez, la productividad laborar así como la adaptación a los cambios del entorno. Al final se presenta un apartado de conclusiones donde se colocan las principales tendencia e inferencias que se obtienen de contrastar los planeamientos teóricos con los resultados obtenidos.

Metodología

Como se mencionó con anterioridad, el presente trabajo se basa en un proyecto de investigación cuyos objetivos fueron colocar las bases para un proceso de resignificación de la vejez en el Politécnico, en el cual uno de los pasos base de este trabajo consistió en identificar los principales estereotipos respecto a la vejez presentes en el personal tanto dentro como fuera de la adultez mayor, así como aquellos asimilados y reconocidos por las propias personas envejecidas. Para lograrlo se ideó un proceso que inició con un análisis bibliográfico en el marco de la vejez y el género que tuvo el propósito establecer los puntos teóricos principales respecto a los temas: límites sociales y demográficos de la vejez, conceptualización de estereotipos, definición de viejísimo y edadismo así como vejez y género, que sirvieran como base para la construcción de herramientas y el análisis de la problemática detectada. Dos producto metodológicos de este trabajo fueron; primero, la definición de la herramienta de recolección de información que consistió en una encuesta a aplicar al personal del IPN y, segundo, la selección de los principales temas a considerar en la misma: identidad de la vejez, desempeño laboral, adaptación y aprendizaje, dependencia, salud y condiciones físicas, interiorización de los estereotipos de género y percepción de actos de discriminación.

Posteriormente, a partir de estos temas se detectararon las necesidades de información para lograr lo propuesto, que dado el contexto específico de estudio en que la producción de datos en el IPN queda fuera de los temas, se determinó la necesidad

de crear una encuesta con un cuestionario como herramienta de recolección. Para la construcción de dicho instrumento se revisaron los diferentes cuestionarios existentes a nivel nacional e internacional referidos a la vejez y los estereotipos, con el propósito de identificar si algunas de sus preguntas pudieran a integrarse al instrumento de esta investigación, con lo que se obtuvieron algunos propuestas de reactivos, en tanto para los elementos a recabar sin antecedentes en otros instrumentos se emprendió un proceso de operalización de los conceptos del análisis bibliográfico, con lo que se construyeron preguntas *ad hoc* a las necesidades planteadas.

Por otro lado, con el objetivo de que dicha encuesta pudiera captar las particularidades de la población de interés (jóvenes, adultos, adultos mayores, hombres, mujeres), se construyó una muestra representativa estadísticamente para dos estratos: las y los empleados del IPN de hasta 59 años, que es la edad estipulada por la ONU como el límite de la vejez, y para el personal con 59 años y más años que fueron las personas consideradas en la adultez mayor, así como para hombres y mujeres de cada grupo. A partir de esto, se obtuvo el tamaño muestral para cada conglomerado, que fue de 587 personas para las y los menores de 60 años y 349 personas para las y los mayores de 59 años. En ambos casos se procuró un grado de confianza de 95% y un error muestral de 4 %.

Finalmente, tomando como marco muestra un listado de personal por área y dependencia se distribuyó la muestra por estratos en los diversos sectores de la institución considerando los pesos poblacionales de cada sector, con lo que por último se aplicó el cuestionario por medio de un programa "en línea" entre los meses de noviembre y diciembre del año 2013. Con los resultados de esta recolección de información se construyeron dos bases de datos, una para las personas menores de 60 años y otra las mayores de 59 años, las cuales fueron fuente para el cálculo de los estadísticos aquí utilizados.

Marco conceptual

Con la finalidad de esclarecer algunos elementos clave que se usarán y delimitan el análisis aquí planteado, se coloca a continuación un marco referencial básico respecto a tres temas: definición de estereotipos, estereotipos en la vejez, la diferencia de los estereotipos por género y la apropiación de las estereotipos en las personas adultas mayores, temas que también son base para entender y discutir los resultados presentados en el siguiente apartado.

En primer lugar, se tratan algunos conceptos que definen a los estereotipos y sus características. Se inicia la discusión con Hilton y Von Hippel (1996), quienes aseguran que los estereotipos sociales constituyen generalizaciones sobre determinados

atributos comunes que poseen los miembros de un grupo. Ahora bien, de estas generalizaciones, que en la mayoría de los casos son inexactas, serían homogeneizadoras, ya que a partir de ellas se infieren idénticas cualidades a todos los miembros del grupo. Esto significa que los estereotipos representarían elementos clasificadores que en cierto sentido atienden poco a los detalles y en este proceso asignan atributos iguales a cada uno de sus miembros.

Por su parte, de acuerdo con Jost y Banaji (1994: 3), los estereotipos son las "creencias despectivas sobre grupos sociales en un sistema caracterizado por la separación de la gente dentro de roles, clases, posiciones o estatus". Es decir, sumando al concepto previo, los estereotipos serían elementos clasificadores que no son neutrales, ya que tienen una carga negativa, lo que propicia el desprecio hacia el grupo estereotipado.

En segundo término, añadiendo el factor de la adultez mayor, surge de acuerdo con Robert Butler el término de a*geism,* que se traduce como viejismo o edadismo en español, y que se refirió inicialmente a la experiencia de rechazo hacia las personas ancianas pero que posteriormente se ha desarrollado y en la actualidad, según De Miguel (2006) y García Pérez (2003), describe principalmente a los estereotipos de discriminación contra las personas ancianas basados en la creencia de que el envejecimiento las hace esencialmente menos atractivas, menos inteligentes, menos sexuales, menos saludables y menos productivas; aunque Austin (1985) señala que también se pueden presentar concepciones positivas en atributos como la sabiduría o la serenidad.

Es de considerar que en la adultez mayor estos estereotipos discriminatorios que, como se mencionó, homogenizan principalmente de forma negativa, tendrían su base en una o más características particulares del grupo que están vinculadas esencialmente con la apariencia física (Stangor, Lynch, Duan y Glass, 1992); aunque de acuerdo con Schmidt y Boland (1986) o Hummert *et al.* (1994), estos factores varían de acuerdo con el subtipo que la persona representa. Es decir que la vestimenta, el cuidado personal o consideraciones como el color de la piel, la raza o el sexo podrían intervenir más que la edad en la construcción de categorías en las personas mayores. Este fenómeno de la percepción diferenciada por una categoría adicional se reproduciría para las diferentes subcategorías sociales de forma variada. Por lo que de acuerdo con esta visión existirían claras divergencias en las representaciones y su calidad de positivas y negativas para personas ancianas blancas u obscuras de piel, ricas o pobres, aseadas o deseadas, hombres o mujeres así como para sus múltiples combinaciones.

Esto último implica que abría diferencias en los estereotipos de la vejez entre hombres y mujeres que deberán considerarse. Por lo que, de acuerdo con ello, se colocan a continuación las posicione teóricas sobre los estereotipos respecto a las mujeres en la vejez, para después acercarse al caso de los hombres. En el primer caso, existen varias posturas entre las que se pueden señalar tres principales: por un lado, se plantea que

los estereotipos suelen ser más imperativos socialmente para las mujeres que para los varones, por lo que sería más factible que se acentúen los estereotipos que devalúan la vejez en las mujeres. Sontag (1979), desde esta posición, expone la presencia de un doble estándar de vejez en función del género, indicando que los cambios de apariencia física relacionados con la edad contienen más percepciones negativas hacia las mujeres que hacia los hombres, lo que de acuerdo con Freixas, A. (2004) se vincula con el ideal de belleza que se impone a las mujeres; se asocia más con la juventud. Esta situación según Walker, M. U. (2000), provoca vergüenza en las mujeres e influye en la percepción social, ya que al envejecer se les considera menos inteligentes que los hombres o se les asocian comportamientos relacionados a ser más sensibles y activas en la comunidad e imágenes como ser abuelas o cuidadoras (Kite *et al.,* 1991).

Otra posición propone una perspectiva dual, de acuerdo con ella existirían ciertos aspectos en los que las mujeres son apreciadas más favorablemente que los hombres, aunque tal juicio positivo ocurriría en dimensiones específicas relacionadas con el acogimiento y el cuidado de otros (Canetto, Kaminski y Felicio, 1995; Fiske, 1993; Ruble y Ruble, 1982). Esto indica que los estereotipos positivos de las mujeres mayores más bien estarían relacionados con los roles tradicionales del ámbito doméstico o del cuidado del otro, lo que significaría una perpetuación de su encasillamiento y relegación a funciones útiles para la reproducción social, rol que no sólo se limita al ámbito del hogar, sino también a ámbitos externos como el laboral, vinculadas con el cuidado. De esta consideración de cuidadoras se podría estar desprendiendo a su vez la imagen clásica que asociaría de nueva cuenta a las mujeres adultas mayores a la abuela cuidadora o cariñosa.

Por último, en la tercera posición, la vejez según Rodríguez, P. (2002) es una etapa en la que más se difuminan los estereotipos femeninos dominantes, lo que no significa que desaparezcan del todo, sino que su imposición es menos fuerte que en el resto de las etapas de la vida, situación que de acuerdo con la autora ofrece la oportunidad para su mayor participación y toma del espacio público.

Es evidente que en estas tres construcciones de estereotipos de la vejez en las mujeres, más allá de las diferencias, hay consenso de que si bien pueden ser menos perjudiciales o intensos respecto a otras edades, éstos no desaparecen y en todo caso pueden intensificarse en ciertos sectores.

Por otro lado, respecto a los estereotipos en el envejecimiento en los hombres, hay menos discusiones y se suelen ver en ventaja frente a las mujeres. Así, de acuerdo con la propia Sontag (*Idem*), los estereotipos serían menos perjudiciales ya que al ser la belleza un atributo desvinculado a los hombres estarían en menor medida sujetos a la depreciación ante su supuesta pérdida asociada al envejecimiento y, además, al hacer mayor uso del espacio público que las mujeres, al sexo masculino se les imputarían

menos calificativos derivados de la inactividad. Con ello se figura un escenario en el que, hasta cierto punto, los hombres siguen disfrutando de las ventajas del patriarcado dominante.

Finalmente, en el tercer punto, respecto a la apropiación de los estereotipos en la adultez mayor, se encuentra que este fenómeno se describe principalmente como un proceso lleno de significado y con una utilidad definitoria tanto para quienes los reproducen como para quienes lo sufren. De acuerdo con Bettelheim y Janowitz (1964), los estereotipos tienen una función de defensa de la identidad y, según Hogg y Abrams (1988) y Tajfel y Turner (1986), tienen como propósito la protección del estatus o de la conducta del grupo social de pertenencia. En este sentido para la propia adultez mayor dicho proceso tendría una dinámica marcada por una autoadaptación al grupo de referencia que está mediada por los mecanismos sociales que respaldan la creación de estereotipos y, de acuerdo con lo que hemos visto arriba, se basan en la apariencia y en las características particulares del individuo. Así, de acuerdo con Heckhausen (1997) cuando los cambios que se experimentan en el proceso de envejecimiento se perciben como imposibles de ser evitados, esto podría hacer que las personas mayores se adaptaran a esas pérdidas por medio de modificaciones internas, tales como la reevaluación de creencias, o bien la modificación de metas. Con base en ello, la adultez mayor reconfiguraría su identidad para que se adaptase a los dictados de los estereotipos dominantes.

Resultados

De acuerdo con lo planteado hasta aquí se indaga sobre la existencia de estereotipos discriminatorios hacia la adultez mayor en la comunidad politécnica atravesadas por género, en términos de verificar si se les cree menos atractivas, menos capaces de adaptarse a nuevas circunstancias, más dependientes, menos expresivas sexualmente, menos saludables y menos productivas; además, el grado de anuencia y la apropiación de estos aspectos en la adultez mayor, así como identificar si existen diferencias de estos factores entre hombres y mujeres.

En este sentido en primer término se analiza el posible vínculo de la adultez mayor con la pérdida de la belleza, que como se señaló arriba y lo específica Malagón J. (2002) es una cualidad se suele asociar fuertemente con la juventud, especialmente en las mujeres, por lo que en la adultez mayor se perdería o desaparecería como una parte "natural" del mismo proceso de envejecimiento.

En este sentido, al preguntar si "se creía que se perdía la belleza al envejecer" los resultados muestran que las personas encuestadas no asocian de forma tan consciente y directa el envejecimiento con la pérdida de esta cualidad, ya que tanto en hombres como en mujeres es mayor la proporción de que asegura que las personas al envejecer no pierden su belleza física (60% y 66% respectivamente). Sin embargo, es notorio que existe una cantidad significativa de personas entrevistadas que lo afirman, un cuarto de las mujeres (25%) y un tercio de los hombres (33%). En esto último evidencia que existe un diferencial por género en el que los hombres vincularían en mayor medida que las mujeres desvanecimiento de la belleza física con el envejecimiento, lo que por otro lado significa que estas últimas tendrían una perspectiva más favorecedora que los hombres respecto a la existencia de la belleza en la adultez mayor.

Asociados a este estereotipo de la pérdida de la belleza están los dos siguientes elementos analizados, la sexualidad y la salud. En el primer caso se plantea de acuerdo con Calasanti (2005) que la "pérdida" de la belleza desacredita el derecho a la sexualidad en la vejez o elimina los deseos sexuales. Además, Orozco y Rodríguez (2006) sostienen que se cree que los deseos sexuales están limitados a la juventud en tanto que en las personas adultas mayores se les consideran anormales o incluso inmorales. Adicionalmente la teoría de género interviene de forma decisiva en explicar la sexualidad, ya que evidencia la existencia una desigualdad en hombres y mujeres debida a que en la cultura patriarcal vigente la masculinidad dominante asigna para las mujeres una subyugación de su sexualidad bajo el control de los hombres destinada fundamentalmente para la reproducción y la satisfacción del sexo masculino, mientras que estos últimos se les asigna comportamiento de agresividad, hipersexualidad y la actividad en contra posición con la pasividad (Horowitz, G. y Kaufman, M., 1989) que en cierto sentido define su identidad, por ello se pensaría que en los hombres incluso de la adultez mayor tendrían una posición de acceso a la sexualidad mayor que para las mujeres.

Para verificar la existencia de estos estereotipos relacionados con la sexualidad se cuestionó al personal encuestado si "creían que en la adultez mayor se tienen menos relaciones sexuales que en la juventud", observando que una mayor parte (48%) de los hombres en efecto creen que las personas adultas mayores tienen menos relaciones sexuales que la juventud, frente a 30% que lo rechaza, mientras que en las mujeres la proporción baja (34%) y se encuentra casi al nivel de las que señalan que esto es falso (39%). Esta indica que existe una clara división de la visión de la sexualidad en la vejez entre hombres y mujeres, en la que para los primeros la sexualidad en la adultez mayor está más restringida que en las segundas, por lo que a pesar de que en las mujeres las opiniones se encuentran más divididas su perspectiva parecería a su vez es más positiva. Fuera de estas posiciones firmes hay que destacar la cantidad de personas tanto en hombres (20%) y mujeres (18%) que señalaron "no saber" si lo preguntado es cierto, ya

que esto puede hablar, en parte, de la disociación que existe hacia la sexualidad en la adultez mayor que provocaría que las personas ni siquiera se imaginen que sucede en este aspecto de la vida en las personas adultas mayores, aunque en este tema se debe indagar más.

Siguiendo la creencia que considera a la adultez mayor disfuncional respecto a su sexualidad, se preguntó "si las y los adultos mayores necesitan, más que el resto de las personas, tomar algún fármaco para tener una vida sexualmente activa", encontrando que más de un tercio de las personas entrevistadas (36%) lo consideraban cierto, en tanto que 32% lo pensaban falso y 27%, junto con 5%, no sabían o no contestaron respectivamente. En esto es notorio que aunque es mayor la proporción de quienes lo creen certero, existe una segmentación cercana entre las diferentes respuestas que hace pensar que los imaginarios, tanto positivos, negativos y de desconocimiento, subsisten en una situación más o menos equitativa. Eso puede significar que el estereotipo que ve a la sexualidad en la adultez mayor como disfuncional persiste aunque no domina. Ahora bien, observando el sexo de la persona encuestada se nota que los porcentajes son similares, ya que 37% de los hombres y 35% de las mujeres lo creen cierto; en contra de 32% en ambos casos que lo considera falso, así como 28% de los hombres y 26% dicen no saber al respecto.

Al considerar la experiencia de las propias personas adultas mayores se cuestionó "si pensaban que las relaciones sexuales y románticas ya no corresponden a alguien de su edad", ambos sexos respondieron de forma negativa, 78.57% en los hombres y 73.42% en las mujeres. En tanto que las personas que lo afirma son en los hombres 14% y en las mujeres 15%. Es decir alrededor de dos de cada tres de las personas adultas mayores rechaza la idea de que las relaciones sexuales o románticas estuvieran fuera de su vida, lo cual, podría ser visto como una negación a que las personas adultas mayores haya asumido este estereotipo, en tanto que en las mujeres de acuerdo con lo que se esperaría muestran, aunque ligera, una mayor auto-exclusión de la sexualidad que podría ser explicada por lo mencionado en párrafos anteriores respecto a su menor acceso libre a la sexualidad y que por otro lado, en los hombres la sexualidad es vista con un elemento definitorio de su masculinidad, al cuestionarles si consideraban que *seguir envejeciendo le causará problemas en su sexualidad* se encontraron menciones menos alentadoras, ya que se observó que 19% y 13% de las mujeres y hombres respectivamente lo creían totalmente cierto, que junto con 57% de los hombres y 49% de las mujeres que lo opinaban parcialmente verdadero; reflejan que en cierto punto las personas adultas mayores ven a la vejez como un factor que afectará su sexualidad. Esto último indicaría que el estereotipo relacionado con la sexualidad podría estar funcionando de forma más negativa hacia el proceso de envejecimiento en ambos géneros, pero en mayor medida en los hombres lo que podría deberse a la necesidad

de ser altamente activos sexualmente durante toda la vida lo que chocaría con el mencionado estereotipo de menor actividad en la vejez y no tanto como situación actual.

Acompañando la idea de la desaparición de la belleza y de la sexualidad está la asociación de la pérdida de salud con el envejecimiento. En esto se observó que, en primer lugar, una parte mayoritaria tanto de mujeres (75%) como de hombres (79%) consideran que para las y los adultos mayores un problema muy serio son los constantes problemas de salud; es decir, existe una idea generalizada y dominante de que la vejez es aquejada, incluso impedida, de gozar de buena salud, lo cual, puede acarrear implicaciones en su identidad, su pertenencia a la sociedad o su integración a actividades productivas, factores que se analizan más adelante. Además, es de tomarse en cuenta que ésta creencia puede provocar discriminación en el proceso de selección del personal y en su permanencia al considerar a este grupo como problemático, costoso o menos apto para el trabajo (McCann, 2012). Ahora, observando las diferencias por el sexo se observa una corta distancia en la que los hombres tendrían una opinión ligeramente más desfavorable que las mujeres en este aspecto.

Por otra parte, al comparar la situación de la adultez mayor con otros grupos etarios (jóvenes, adultos y adultos mayores hombres como mujeres), se preguntó "cuál considera que sea el grupo etario que mayor frecuencia presenta enfermedades graves", en lo que se encontró de manera inicial que la adultez mayor es la que presenta una valoración negativa superior al resto de los grupos etarios con 81% de las menciones, como se observa, en primer lugar, es un valor cercano a lo que se muestra en arriba y, segundo, que dentro de este conglomerado son los hombres adultos mayores (51%) quienes concentran una valoración negativa más alta que las mujeres (32%), lo cual, en cierto sentido, va en contra de lo idea de que a las mujeres se valora de forma más negativa respecto al deterioro físico que a los hombres (Martínez-Benlloch y Castaño, 1990).

Considerando específicamente a las enfermedades mentales, se cuestionó si "se pensaba que en la vejez este tipo de padecimientos ocurrían con mayor frecuencia", encontrando que 48% del personal en su conjunto cree que en efecto se presentaba en mayor grado en la vejez mientras quienes lo creían falso resultaron en 34%. Esto muestra que habría una impresión más favorecedora para las personas adultas mayores en este tipo de enfermedades que en las enfermedades generales, sin embargo, aun así es notable que casi la mitad de las personas tengan la opinión de que estos padecimientos son recurrentes en la adultez mayor. Dicha situación puede desencadenar o estar vinculada a la creencia de que la senilidad es inevitable al envejecer o de que la locura está asociada a la vejez, como se suele considerar (Carbajo, M., 2009). Por último, distinguiendo el sexo de la persona entrevistada se encuentra que existe un diferencial claro entre hombres y mujeres, ya que los primero señalan en una medida

más alta (51%) que las mujeres (45%) que las personas adultas mayores les ocurren en mayor grado las enfermedades mentales que al resto de la población, lo que significa que los hombres tendrían una noción ligeramente más negativa respecto a la salud mental al envejecer que las mujeres.

En este mismo aspecto se analiza la opinión de las personas mayores para lo cual se les preguntó si creían "que el envejecer les traería inevitablemente un deterioro importante en su salud". Las respuestas muestran que, tal como sucedió para el resto de la población, existe una idea dominante a favor de que el envejecer acarrea necesariamente problemas de salud, aunque no es del todo tajante, ya que en realidad solamente 38% lo cree totalmente cierto, mientras 53% lo cree parcialmente. En tanto que se observan diferencias por sexo, ya que 34% de los hombres y 22% de mujeres lo cree totalmente cierto, en tanto que 51% de los hombres y 57% de las mujeres lo creen parcialmente cierto. Dichas diferencias por sexo mostrarían una ligera apreciación más positiva de las mujeres adultas mayores que en los hombres, aunque más allá de los grados es patente una creencia de que tanto hombres como mujeres enfrentarán problemas a la salud como parte del proceso de envejecer, lo que en si muestra un idea altamente asimilada entre las personas adultas mayores que vincula la enfermedad con el envejecimiento.

Estas concepciones negativas de salud, sexualidad y apariencia se adiciona la percepción de que la vejez es más dependiente que en el resto de las etapas de la vida (McCann, *Idem*.). Respecto a ello se cuestionó al personal joven y adulto "si creían que las personas adultas mayores son quienes más necesitan de ayuda económica", en lo que se encontró que una gran parte de las personas que fueron entrevistadas de ambos sexos lo señalarían como falso (48% para los hombres y 45% para las mujeres); sin embargo, aunque en menor proporción, un importante componente lo señala como cierto 39% para los hombres y 37% para la mujeres. Estos resultados muestran más allá de las evidentes diferencias de alrededor de 10% entre las dos posiciones discordantes, y que señalan que la mayor negación a una eventual dependencia económica de la adultez mayor, subsiste una idea en una cada tres personas que la adultez mayor tendría más problemas para subsistir económicamente por sí misma que el resto de la población y por tanto sería más dependiente. Ahora bien, al enfocarse en los sexos, se encuentra que las mujeres tienen una, muy ligera, disminución en la apreciación en comparación a los hombres de que las personas adultas mayores serían más dependientes.

Tomando ahora en este punto la visión de las personas adultas mayores, se encuentra que una gran parte tanto de hombres (45%) como mujeres (34%) consideran que, al menos de forma parcial, seguir envejeciendo les causará problemas en su independencia económica, lo que sumado a las y los que creen que de manera absoluta les causará problemas (17% en los hombres y 16% en las mujeres) se forma una mayoría

que cree que el envejecimiento les causará de alguna manera dificultades en depender de sí económicamente. Esto refuerza la idea de que, por lo menos parcialmente, el estereotipo de la dependencia económica está afianzado en la vejez.

Ahora bien, es claro que existe una posición dividida entre las personas que creen dependientes económicamente a la adultez mayor y las que no lo hacen, sin embargo, al cuestionar a la juventud y la adultez si creían que las personas envejecidas regresaban a ser como niñas o niños, lo cual puede ser tomado en parte como una visión de dependencia, los resultados mostraron una realidad diferente y a su vez reveladora. Una mayoría de las y los entrevistados de ambos sexos consideran que las personas adultas mayores en efecto regresan a ser como infantes. Aunque es claro que los hombres tienden a pensar de esa forma en mayor medida (52%) que las mujeres (45%), por lo que tendrían una visión más difundida de la dependencia en la adultez mayor. Estas tendencias podrían indicar que la noción de subordinación en la adultez mayor sobre pasa lo económico y se insertaría en esferas de la toma de decisiones. En este sentido, el adulto mayor sería visto como dependiente de alguien con una condición "adulta". Además, esto revelaría que puede estar presente la creencia de que al envejecer se va presentando un proceso de regresión de las facultades de "adulto" hacia un estado de dependencia e infantilidad. Es de destacar que esta situación puede tender a disminuir los derechos de hombres y mujeres adultos mayores al considerarlas personas que pierden sus cualidades de ciudadano, tal como se suele verse a las menores de edad, por lo que estarían sujetas a los designios de las y los adultos. Además, al considerar a la vejez como un proceso de "pérdida" de facultades y virtudes, esto puede sustentar las burlas o el uso de un lenguaje y un comportamiento condescendiente hacia la adultez mayor.

Respecto a este punto de la dependencia, se indagó la posición de los propios adultas y adultos mayores al cuestionarles si "habían dejado de tomar decisión por sí mismo y las habían delegado en una persona más joven que podría ser su hija o hijo", en lo que se encontró que una mayoría casi completa en ambos sexos, hombres 82% y mujeres 80%, negaban que lo habrían hecho. Esto mostraría que más allá del imaginario social, en realidad serían pocas las personas adultas mayores que abandonan la opción de tomar decisiones por sí mismas.

Vinculado a este estereotipo de dependencia, se presenta la relación de la vejez con una menor productividad laboral. En este sentido, el argumento fundamental es que la adultez mayor es menos hábil y cognitivamente menos capaz que las y los trabajadores más jóvenes (Palmore, E., 1990).

Inquirir al respecto se preguntó si se "creía que las y los adultos mayores eran menos productivos que la juventud", a lo que se obtuvo que tanto hombres (66%) como mujeres (65%) rechazan mayoritariamente dicha afirmación, mientras que 23% de los

hombres y 20% de las mujeres lo creían cierto. Esto mostraría que a pesar de que cerca de dos de cada diez personas consideran que en efecto la adultez mayor es menos productiva que la juventud, el estereotipo no está tan socializado, al menos de forma consciente, en las y los entrevistados. Visto esto por sexo se encuentra que son pocas las diferencias entre hombres y mujeres, lo cual representaría que la condición genérica no influiría de forma determinante en la presencia de dicha creencia.

A pesar de esta avasallante respuesta que niega la inferioridad productiva en la vejez, se encontró un matiz que indicaría cierta persistencia de este estereotipo en una parte importante de las personas entrevistadas, ya que al cuestionar respecto a "quién consideraban que en mayor frecuencia necesita ayuda para desempeñar su trabajo" por grupo etario (juventud, adultez y adultez mayor) y por sexo (hombre y mujer). Los resultados muestran que las y los adultos mayores aglomeraron hasta 40% de las respuestas positivas que los coloca como el segundo grupo etario con una supuesta mayor necesidad de ayuda (24% para un adulto mayor y 16 para una adulta mayor), sólo detrás de la juventud cual concentra 50% de las menciones (hombres 27%, y mujeres 23%). Con esto se nota primero que existe primero una noción en la que, si bien, la adultez mayor no es la más carente de las herramientas para realizar su trabajo, si concentra una parte importante de las opiniones en este sentido, 4 de cada 10 personas entrevistas. Estos resultados contrastan con lo encontrado arriba respecto a la baja opinión respecto a la conexión de la adultez mayor con la menor productividad, lo cual refleja una ambivalencia de posiciones que indicaría que el estereotipo se puede estar reproduciendo de una manera más velada que consciente. Adicionalmente, al diferenciar en estos resultados por sexo se observa que las mujeres tanto en la juventud como en la adultez mayor, se les considera en menor grado como insuficientes para el desempeño de sus labores frente a los hombres, lo cual, en cierta medida contradice la noción que indica que las vería menos productivas. Finalmente, estos resultados también hablan de que existe en este aspecto un edadismo en dos vías; es decir, no sólo hacia las y los adultos mayores sino que también dirigido hacia juventud, cuestión que debería analizarse de manera más profunda.

Al analizar ahora en este tema la opinión de la adultez mayor se encontró que al preguntar si "creían que el seguir envejeciendo les causaría problemas en su desempeño laboral", una mayor parte de hombres (42%) y mujeres (46%) adultas mayores consideraban que no sería así. Aunque también una parte importante casi de 40% en cada sexo (39% para mujeres y 40% para los hombres) piensa que esto es parcialmente cierto. Esto significa que a pesar de no ser tan fuerte esta idea de que envejecer disminuye la productividad está, hasta cierto punto, presente y asimilada entre las propias personas adultas mayores.

Asociada a esta creencia de que las personas adultas mayores son menos productivas y dependientes, está la noción de que son incapaces de adaptarse a los cambios, que son rígidos, y que se resisten a emplear nuevos métodos. Un ejemplo clásico al respecto es la idea de que no pueden adaptarse a uso de las nuevas tecnologías. Para verificar este estereotipo se preguntó a la juventud y la adultez "quiénes consideraban que tuvieran mayores dificultadas para aprender cosas nuevas", encontrando que una tendencia clara a señalar que las personas adultas mayores tienen en mayor medida estas dificultades con un amplio 83%, aunque con evidentes diferencias claras entre hombres y mujeres, donde los primeros acumulan 57% de las menciones en tanto que las segundas 25%, en tanto que el resto de los grupos mantienen participaciones minoritarias que no sobrepasan 10%. Este comportamiento señala un estereotipo generalizado y ampliamente enraizado que indica que las personas adultas mayores son menos capaces de adaptarse y asimilar situaciones nuevas que el resto de la población, lo cual les puede traer consecuencias discriminatorias al momento de su selección para puestos de trabajo o para la asignación de tareas que requieran el aprendizaje de nuevas herramientas, aunque también es claro que está más enraizado para los hombres que paras las mujeres.

A este respecto, centrándose ahora en la opinión de las personas adultas mayores, se observa que al cuestionarles si "consideraban que debido a la vejez se les había hecho difícil adaptarse a los cambios que se le presentaban en el entorno", los resultados muestras un clara tendencia en ambos sexo a señalar que no es así (88% para los hombres y 79% para las mujeres). En tanto que al preguntarles si la misma vejez les genera problemas para el uso de nuevas tecnologías las respuestas nuevamente son mayoritarias hacia la negativa, aunque en menor medida (75% para los hombres y 62% para las mujeres). Estos resultados muestran que para las y los adultos mayores esta visión de poca adaptación está exiguamente asimilada, aunque un poco menos en los hombres que en las mujeres, aunque que tratándose específicamente del uso de nuevas tecnologías el rechazo al estereotipo es menor, sobre todo en las mujeres, lo cual, sugiere que este aspecto particular representa un ámbito en el que esta idea habría sido relativamente más fuerte y que ha logrado ser asimilada por un mayor número de personas adultas mayores que en lo general.

Conclusiones

A partir de lo plasmado hasta aquí se encuentra un panorama en el que, a pesar de la diversidad de situaciones, se pueden hallar ciertas tendencias clarificadoras respecto

a los estereotipos dirigidos a la adultez mayor entre el personal del IPN, entre lo que destaca lo siguiente::

a) Se encontraron ciertos estereotipos hacia la adultez mayor con una alta socialización en la población estudiada en ambos sexo, entre ellos están: la disminuida salud física y mental, la infantilización y la falta de capacidad de adaptación. En tanto que la sexualidad disminuida o inexistente sólo domina en los hombres. Por otro lado, un caso a destacar es el del estereotipo de la belleza disminuida o negada para la adultez mayor, que en parte sustentaría el resto de los estereotipos pero que en realidad fue poco mencionada. Al respecto cabría tratar de realizar algunas otras preguntas que verificaran si esto es así.

b) Al diferenciar por sexo es claro que los hombres jóvenes y adultos tendrían una perspectiva más negativa de la vejez que su contra parte femenina, ya que en todos los aspectos encontrados mostraron un más alto nivel de asimilación de dichos elementos.

c) Se observó que la presencia de los estereotipos en las personas fuera de la adultez mayor hacia las personas envejecidas se diferencia por género, destacando que se ve en todos los casos de forma más estereotipada a los hombres que a las mujeres, lo cual también parece una refutación de los planteamientos conceptuales que afirman que existe una visión más negativa hacia a las mujeres y, en todo caso, parecería estar más alineado hacia aquellas posiciones que señalan que existiría una visión más positiva hacia las adultez mayor femenina, aunque en para verificar esto cabría la necesidad de comparar estos estereotipos con los existentes para las mujeres más jóvenes.

d) Considerando la opinión de las personas adultas mayores, se encontró que sólo hubo una alta apropiación de los estereotipos relacionados con la salud general y mental, así como con la dependencia económica. Esto indica que en realidad son pocos los estereotipos que están ampliamente apropiados conscientemente entre la adultez mayor. En este caso sería necesario realizar investigaciones que profundicen en formas veladas en la que se pueden estar reproduciendo.

e) Al tomar en cuenta el género en esta asimilación, se encontró, en primer lugar, que en la mayoría de los casos no hubo una diferencia muy amplia, aunque sí eran reconocibles ciertas tendencias, como que se presentó mayor apropiación de estereotipos en los hombres en lo concerniente a la salud general y mental, la dependencia económica y la productividad laboral; en tanto que en las mujeres esto se presentó en: la sexualidad, la infantilización y la adaptación.

Entre los aspecto extra que resultaron es que se pudieron encontrar estereotipos también presentes para la juventud por lo que sería necesario realizar un estudio en este respecto.

Bibliografía

AUSTIN, D. (1985). Attitudes Toward Old Age: A Hierarchical Study. *The Gerontologist*, *25*, 431-434.

BETTELHEIM, B. y Janowitz, M. (1964). Social Change and Prejudice. Nueva York: Free Press.

CALASANTI, T. (2005). Ageism, Gravity and Gender. Experinces of Aging Bodies. Generations *29*(3), PP. 8-13.

CANETTO, S., Kaminski, P. y Felicio, D. (1995). Typical and Optimal Aging in Women and Men: Is there a Double Standard? International Journal of Aging and Human Development, *40*(3), 187-207.

CARBAJO, M. (2009). "Mitos y estereotipos sobre la vejez. Propuesta de una concepción realista y tolerante", en *ENSAYOS*, Revista de la Facultad de Educación de Albacete, núm. 24.

Consejo Nacional Para Prevenir la Discriminación (2005). Encuesta Nacional de Discriminación. México: Autor.

DE MIGUEL Á. (2006). "Viejismo en estudiantes de psicología clínica y de la salud: un primer estudio en España", en S. Ballesteros (editor). Ageing, Cognition, and Neuroscience. Envejecimiento, Cognición y Neurociencia . Madrid: UNED, pp.309-320.

DEVINE, P. G. (1989). Stereotypes and Rejudice: Their Automatic and Controlled Components. Journal of Personality and Social Psychology, *56*, 5-18.

Gabinete de Comunicación Estratégica (2014). *Discriminación y Racismo*. México: autor. Recuperado en: http://www.gabinete.mx/index.php?option=com_k2&view=item&id=296:discriminacion-y-racismo&highlight=WyJkaXNjcmltaW5hY2lvbiJd

HUMMERT, M. L., *et al.* (2002). Using the Implicit Assocition. Test to Measure Age Differences in Implicit Social Cognition. Psychology and Aging, *17*(3), 482-495.

FISKE, S. T. (1993). Controlling other people: The impact of power in stereotyping. American Psychologist, 48, 621-628.

FREIXAS, A. (2004). "Envejecimiento y perspectiva de género", en E. Barberá e I. Martínez Benlloch (Editores). *Psicología y Género,* pp. 325-352. Madrid: Pearseon Prentice Hall.

GARCÍA Pérez J. (2003). *Bioética y personas mayores.* Recuperado de: http://www.imsersomayores.csic.es/portal/senileg/documentos/ /garcia-bioetica-01.pdf.

HILTON, J. y Von Hippel, W. (1996). Stereotypes. Annuary Review Psychology, *47*, 237-271.

HOGG, M. A. y Abrams, D. (1988). Social identifications: A social Psychology of Intergroup Relations and Group Proceses. Londres: Routledge.

HOROWITZ, G. y Kaufman, M. (1989). "Sexualidad masculina: hacia una teoría de liberación", en: Kaufman, M. *Hombres: placer, poder y cambio*. CIDAF. Rep. Dominicana.

JOST, J. y Banaji, M. (1994). The Role of Stereotyping in System-justification and the Production o False Consciousness. British Journal of Social Psychology, 33, 1-37.

MAC Cann, R. (2012). *Discriminación laboral con cuestiones de edad.* España: Editorial UOC.

MALAGÓN, J. (2002). *Mitos y ritos de la vejez consecuencias sociales del envejecimiento en las sociedades contemporáneas*. Sevilla: Universidad Pablo de Olavide.

MARTÍNEZ-Benllock, I. y Castaño, D. (1990). "Aspectos psicosociales en el envejecimiento de las mujeres". *Anales de Psicología*, *6*(2), 159-169.

OROZCO, I. y Rodríguez, D. (2006). "Prejuicios y actitudes hacia la sexualidad en la vejez, Psicología y Ciencia social", año/vol, 8, número 001. Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 33-10.

PALMORE, E. B. (1990). Ageism: Negative and Positive ,volume 25. Series on Adulthood and Aging. Nueva York: Springer.

RODRÍGUEZ, P. (2002). "Mujeres mayores, género y protección social (o adonde conduce el amor)", en V. Maquieira (editora), *Mujeres mayores del siglo XXI. De la invisibilidad al protagonismo* (pp. 87-136). Madrid: Imserso.

RUBLE, D. N. y Ruble, T. L. (1982). Sex Stereotypes, en A. G. Miller (editor), The Eye of the Beholder (pp. 188- 251). New York: Praeger.

STANGOR, C., Lynch, L., Duan, C. y Glass, B. (1992). Categorization on Individuals on the Basis of Multiple Social Features. Journal of Personality and Social Psychology, *62*(2), 207-218.

SCHMIDT, D. T. y Boland, S. M. (1986). Structure of Perceptions of Older Adults: Evidence for Multiples Stereotypes. Psychology and Aging, *1*, 255-260.

SONTAG, S. (1979). The Double Standard of Aging, en J. Williams (editora), Psychology of Women (pp. 278- 462). New York: Academic Press.

TAJFEL, H. y Turner, J. C. (1986). The Social Identity Theory of Intergroup Behavior, en S. Wordrel y W. G. Austin (editores). The Psychology of Interroup Relations. Chicago: Nelson-Hall.

WALKER, M.U. (2000). Mother Time. Women.Aging and Ethics. Lanham: Rowman y Liltlefield.